RESEÑAS

Antonio Ortuño, *Recursos humanos*, 2007, España, Anagrama, 177 p.

RECEPCIÓN: 15 de agosto de 2008.

ACEPTACIÓN: 18 de septiembre de 2008.

Desolación, sabrosa desolación

Antonio Ortuño, al hablar sobre su novela *Recursos humanos*, en entrevista radiofónica con Paola Tinoco para Radio Efímera, dijo que “el resentimiento funciona como la composta que apelmaza todas las ideas del personaje principal, Gabriel Lynch”. Y es verdad; el resentimiento para Lynch es “el combustible con el que retuerce las cosas para justificarse como una víctima”. *Resentir* que el jefe tenga mejor trabajo, mejor mujer (en este caso, la ex mujer de Lynch) y mejor auto (por no decir *un* auto), son el motor de las atrocidades que comete el personaje principal.

Ortuño vende un producto difícil de cotizar en el mercado: la desolación, sentimiento que deja *Recursos humanos* al terminar de leerla. No hay duda, queda un sabor de repudio en el lector, pero no es desagradable: incluso podría decirse que sabe bien. Ni hablar, ahora se disfruta la desgracia; nos agrada ver la cuita ajena y qué mejor si es provocada. Es el punto en el que Ortuño nos cautiva: en Gabriel Lynch se ve reflejado lo más oscuro de nosotros, todas nuestras manías y, por supuesto, las envidias que nos corroen. Se desarrolla cierta empatía del lector hacia Lynch, que hace realidad todo lo que jamás nos atreveríamos a hacer, como incendiar el automóvil del jefe, por ejemplo.

Probablemente, si encontramos esta novela en los anaqueles de una librería, no llamará la atención (a menos que pueda interesar que fue finalista del Premio Herralde 2007 o, en su defecto, que se conozca de antemano la obra de Ortuño); pasará inadvertida por el título: *Recursos humanos*, vocablos que ahora son tan intrínsecos a la vida cotidiana, pero que no pasan de ser

un lugar común. Nos parece, en efecto, algo trivial, una idea inherente al sistema, pero carecemos de capacidad suficiente para poder comprenderla; sin embargo, la novela de Ortuño no podría tener otro título. Esboza lo terrible que es el mundo oficinista, desde el ambiente hasta la competencia que subyace en él. Y no hay mejor expresión para definirlo: ‘lugar común’ lóbrego por lo demás.

A pesar del medio en el que se desarrolla la historia, jamás se trabaja. Es una historia de oficina, incluso de oficinistas, no de trabajo. Este libro explora ese mundo, ácida y minuciosamente, dejando entrever la gran pesadilla que es el espacio laboral y lo que conlleva: las relaciones entre jefes, empleados, secretarías (un universo alterno dentro de la oficina) y los desempleados.

Lynch aprendió, por estudiar en ‘escuela numerada’, a demostrar humildad y resignación ante todo, o al menos eso dice. Lo cierto es que Gabrielito Lynch (como lo llama Mario, su jefe) no tiene nada ni de humilde ni de resignado, pues él toma las riendas de su vida laboral. Se justifica, en todo momento, al relatar lo mala que ha sido su vida; pero es él, solamente él, el responsable de todos sus actos. En sus palabras: “He vivido como si fuera hijo secreto de un rey, en espera de que algún cortesano me rescate. Claro que nadie me rescató; nadie rescata a nadie.”

Ortuño presenta a Lynch como un haz de contradicciones (como cualquier ser humano); no obstante, lo exagera. Se supone que en un principio es un ser resignado, sumiso y humilde, pero siempre fue una mente artera, dispuesta a hacer lo necesario para poder alcanzar lo que se propone. Además del odio, la oficina y el resentimiento, hay otro factor que se repite, constantemente, a lo largo del libro de Ortuño: la Biblia. Desde el epígrafe, el lector encuentra citado el Génesis, 28:12, versículo al que se hace referencia, infatigablemente, en la historia de Gabriel Lynch: ángeles (Gerentes) que suben y bajan por una escalera que se apoyaba en tierra (el segundo piso, de supervisores) y tocaba el cielo (el tercer piso, de directivos). Asimismo, la historia está cubierta de referencias al capítulo 32, también del Génesis, que relata la victoria de Jacob (ser humano sencillo y corriente) sobre un ángel (ser divino y perfecto). En *Recursos humanos*, Lynch se presenta como Jacob y Mario como el ángel, en una lucha que Gabriel, en un principio, jamás aspiraría a ganar.

Ésta es la historia del odio de Gabriel Lynch, pero el amor (¿o desamor?) no se salva de ser trazado dentro de esas páginas. “Enamorarse es una inconveniencia”, apunta Lynch. Y, precisamente, es lo que sucede en esta historia —ya se dijo que es de odio, no de amor—, pues todo lo relacionado con el amor

RESEÑAS

termina en cataclismo. Pero como sucede en la vida, al final, amor y odio (aunque Lynch intente separarlos) son dos caras de la misma moneda.

Esta novela desoladora es sencilla y está escrita con una prosa estilizada. Narrada a dos voces, la de Gabriel Lynch y Mario, *Recursos humanos* se presenta como una incursión en el odio mismo, el odio puro. El joven escritor mexicano creó algo que destaza hasta los entresijos más escondidos del alma, pero que satisface hasta los huesos. Es, sin duda, una novela violenta que resulta una gran opción para quien gusta de lo perverso, perturbador y, en definitiva, lo desolador.

RAÚL BRAVO ADUNA
Coordinador General de la
Conferencia Mariano Otero, A. C.